

Alegrías de muerte



¡No hay nada, Dios mío, más triste que la alegría española! ¿Alegría? Así le llaman al menos. Llamán alegría hasta a la de una plaza de Toros. Y hasta a la del que tiene que cantar «alegrías» para matar el hambre. Pero una alegría de verdad, libre, cristalina, franca, infantil, ¿dónde la habéis visto? ¿Y dónde habéis visto un niño de veras niño? ¿No os parecen más bien ancianos decrepitos de nacimiento?

Será que hay horas, días y acaso años de refugio; pero en medio de la fiesta nos sobrecoge un sentimiento de profunda desesperanza, y aun más de desesperación. Y entonces se dice uno: «¡Hay que vivir!» Que es lo más terrible que puedo uno decirse. No «¡se vive!», ¡no!, sino «¡hay que vivir!» ¿Qué remedio?

Y esta historia, esta miserable historia que estamos pasando. Pasando y no haciendo ni viviendo.

Una sorda irritación de cada uno para con sus prójimos todos; un loco apatito de aborrecer. Un descontento de todo y de todos, empezando por el descontento de sí mismo. «Odia al prójimo como a ti mismo», parece nuestra norma.

Mirad al pueblo, a lo que más exclusivamente solemos llamar pueblo, a la clase trabajadora, al proletariado, ¿y qué veis? ¿Desunión? ¡Ojalá no fuese más! ¿Desunión, no!, sino el goce diabólico, la alegría lúgubre en disolverse, en destrozarse; la apatencia del suicidio colectivo.

No sabemos qué horrendo cáncer moral es este que está carcomiendo las entrañas de nuestro pueblo; pero es el caso que se observa una frágica alegría de que la vida vaya mal, de que la desgracia se adense y se ahonde. Toda España, toda esta pobre España lacrada y hecha jirones parece una gran plaza de toros, y el pueblo ansioso de que haya cogidas, de que haya hule. Ansioso, además, de que los lidiadores lo hagan mal para poder alborotarse y destrozarse los tendidos y quemar, si pueden, la plaza.

¿No habéis visto esas gentes que van a los espectáculos deseosas de que sean malos, para poder así protestar contra ellos lo más bárbaramente posible? Son legión. «¡Qué lástima!», les oímos cuando algo sale bien.

Estos días, a propósito de una huelga, hemos leído observaciones sobre la facilidad con que las masas obreras se vuelven contra sus conductores o caudillos de antes, contra sus guiones o «líderes». ¿Y si los hubiesen elevado para eso, para mejor poder derribarlos? Porque es muchas veces el odio el que hace que se le lleve a uno a puesto en que se sabe que ha de fracasar.

¡Qué negruras abismáticas en el fondo de toda esto! ¡Y qué dolor, qué infinito dolor bajo esa alegría del desastre!

España no se puede soportar a sí misma. Y no tiene valor para suicidarse. Es una locura total.

Oímos a radicales, al socialistas, a comunistas, a sindicalistas, a anarquistas, y todos nos resultan nihilistas y del nihilismo más desolador. Todos dicen «esto no tiene remedio!» Pero lo dicen con delectación morosa, con terrible complacencia, con infernal alegría. Es una enfermedad que pone espanto.

«La anarquía me resulta muy conservadora; ¡hay que inventar algo más radical!» — nos decía uno de estos pobres muchachos atacados de la vesania común, uno de estos que no buscan en la historia de hoy mas que una truculenta película de cine. Y otra vez, hablándonos de su ídolo político de un tiempo: «¡Es un miserable burgués! ¿Pues no está buscando una fórmula para arreglar el último conflicto? ¡Pastelero! ¡Pastelero! ¡Pastelero!» Es de los que creen que para curar la jaqueca hay que cortarle la cabeza al enfermo.

Y esto es mal de corazón, profundo

mal de corazón. España no quiere curarse; está encariñada con su mal. Diríase que está gozando el goce infernal de la agonía prolongada. En cuanto a la vida histórica y cultural y moral, se entiende. Quiere hundirse en la pura subsistencia vegetativa.

No hay modo, al menos, de sacudir a los más con las grandes preocupaciones ideales. No quieren sino comer, dormir y las diversiones más embrutecedoras. Todo se vuelve juerga fúnebre. Es la alegría del entierro. Porque los entierros suelen convertirse en fiestas.

Será que hay horas, días y aun años de refugio; pero en éste nos invade un sentimiento acibarado de tristeza de Carnaval, de danza macabra, de voluptuosidad de agonía. Parece el orgasmo de la disolución, de la agonía.

¿Será que al morir así habremos resucitado? ¿Saldremos de esto regenerados? ¿Brotará la fe — una fe — de esta desesperación resignada del pueblo? ¿Se entregará éste luego al más niño, al más ingenuo, al más sencillo? ¿Quién sabe!...

La crisis es, en el fondo, de la religiosidad, o mejor: de la irreligiosidad de España. La crisis es una crisis religiosa. Porque el pueblo español no tiene hoy sentimiento claro de su destino, de su finalidad, de su misión histórica. No sabe para qué vive como tal pueblo español. No siente religiosamente la historia. Y por eso asiste a nuestra vida pública, política, como a una película de cine o como a una corrida de toros. En busca de emociones que le produzcan el orgasmo de la agonía.

Miguel de UNAMUNO.

